

los Drusos; todo acaba en una cenefa de selvas de olivos que mueren en los bordes de la llanura. La llanura misma, que se estiende entre las colinas donde estábamos y aquellas raices del alto Líbano puede tener una legua de anchura; como forma mucho recodos, no abarcábamos con la vista mas que sobre unas dos leguas de su longitud; lo restante nos lo ocultaban unos collados cubiertos de negros bosques de pinos. El NARTH-Berut, ó rio de Berut, que se escapa à algunas millas de allí de una de las mas profundas y pedregosas gargantas del Líbano, divide la llanura en dos. El rio corre graciosamente muy caudaloso, ya ceñido entre sus márgenes coronadas de juncos, semejantes á plantíos de azucar, ya estravasado en las verdes praderas, ó bajo los lentiscos, y dejando de trecho en trecho como pequeños lagos brillantes en el llano. Todas sus orillas están cubiertas de vegetacion, y distinguimos en ellas manadas de cabras, búfalos negros, vacas blancas, borricos y caballos, esparcidos por aquellos prados, y muchos pastores árabes que vadeaban el rio montados en sus camellos. Veíanse tambien mas lejos, en las primaveres vertientes de las montañas, monges maronitas, vestidos con su hábito negro, con capucha de marinero, que conducian silenciosamente el arado bajo los olivos de sus tierras: de cuando en cuando se oía la campana de sus conventos que los llamaba á la oracion. Entonces paraban sus bueyes, soltaban

el arado, é hincándose de rodillas algunos minutos dejaban que respirase su ganado, mientras ellos elevaban sus almas al cielo. Avanzando todavia mas y principiando á bajar hácia el rio, descubrimos de repente el mar que nos habian ocultado hasta entonces las laderas del valle, y el desembocadero mas ancho del NARTH-Berut que se perdia en él. No lejos de aquel desembocadero, un puente romano casi arruinado, de arcos muy altos y sin antepecho, atraviesa el rio; una larga caravana de Damasco, que iba á Aleppo, pasaba por él en aquel mismo instante; veíamos á los que la componian ir desfilando uno á uno, cuales montados en dromedarios, cuales á caballo, salir de los juncos que sombrean los estribos del puente, subir lentamente à lo alto de los ojos, destacarse allí un momento sobre el azul del mar con su cabalgadura y su estraño y vistoso traje, luego volver á bajar de aquella cima de ruinas y desaparecer con su larga fila de asnos y de camellos entre los cañaveráles, las adelfas y los plátanos que cubren la otra margen del rio. Un poco mas lejos se les veia aparecer de nuevo en la playa arenosa adonde las altas oleadas arrastraban su franja de espuma hasta bajo los pies de las caballerías. Inmensos peñascos tajados perpendicularmente, de un cabo avanzado, los ocultaban en fin, y prolongándose en el mar, limitaban el horizonte por aquel lado. En el desembocadero del rio, el mar era de dos colo-

res, azul y verde á lo léjos, y estaba como salpicado de diamantes; amarillo y sin lustre en el punto en que las aguas del rio luchaban con sus olas, y las teñian con su arena de oro que arrastran sin cesar á aquella rada. Diez y siete buques, surtos en aquel golfo, se mecian peeadamente sobre las densas oleadas que le surcan siempre, y sus mástiles se alzaban y se doblegaban como juncos al soplo de los vientos. Unos tenian sus mástiles pelados como árboles de invierno; otros, estendiendo sus velas para hacerlas secarse al sol, se asemejaban á aquellos grandes pájaros blancos de estos mares que se ciernen sin que se vean temblar sus alas. El golfo, mas brillante que el cielo que le cubre, reflejaba una parte de las nieves del Líbano, y los monasterios almenados, construidos en los picos de los promontorios. Algunas bareas de pescadores pasaban á todo trapo é iban á guarecerse en el rio. El valle bajo nuestros piés, las pendientes hácia el llano, el rio bajo los ojos piramidales, el mar con sus ensenadas en las peñas, la inmensa mole del Líbano con los innumerables accidentes de su estructura; aquellas piràmides de nieve que iban á hundirse, como conos de plata, en las profundidades del cielo donde el ojo la buscaba como si fueran estrellas, los insensibles rumores de los insectos alrededor nuestro, el canto de mil pájaros sobre los árboles, los mugidos de los búfalos ó los gemidos casi humanos del camello de las caravanas; el sordo

y periódico rugido de las olas estrellándose en la arena en el desagüe del rio; el horizonte sin fin del Mediterráneo; el horizonte serpeante y verde del cauce del NARTH—Berut, á la derecha; la almenada y gigantesca pared del Líbano, en frente; la radiante y serena bóveda del cielo, cortada únicamente por las cimas de los montes ó por las copas cónicas de los árboles; el tibio temple, el perfume de la atmósfera, en la que parecia que nadaba todo aquello, como una imágen en las trasparentes aguas de un lago de Suiza; todas aquellas sombras, toda aquella luz, todas aquellas impresiones, formaban, de aquella escena, el mas sublime y gracioso paisaje que jamas ha encantado mis ojos! ¿Pues y Julia? toda trémula y radiante estaba de asombro y deleite interior; y yo, ¡yo tenia que grabar aquellos magníficos espectáculos en su imaginacion de niña! Mejor se pinta Dios en ellos que en los renglones de un catecismo; en ellos se le ve pintado con rasgos dignos de él; la soberana belleza, la inmensa bondad de una naturaleza perfecta, le revelan, tal cual es, al alma del niño; esa belleza física y material se traduce para ella un sentimiento de belleza moral. Así como se le hacen ver al artista las estátuas de la Grecia para inspirarle el instinto de lo bello, así es preciso hacer ver al alma juvenil las grandes y hermosas escenas de la naturaleza, para que la imágen que se forma de su autor sea digna de ella y de él.

Volvimos a montar á caballo al pié de la colina, en el llano, en la orilla del rio; atravesamos el puente, subimos algunos verdes collados del Líbano hasta el primer monasterio que se alzaba, como una fortaleza, sobre un pedestal de granito. Los monges me conocian por los informes de sus árabes, y me recibieron en su convento: visité las celdas, el refectorio y las capillas. Los monges, de vuelta del trabajo, estaban ocupados en el espacioso patio en desunir los bueyes y los búfalos; aquel patio parecia el de un gran cortijo, y estaba atestado de aperos, de ganado, de estiércol, de aves, y de todos los instrumentos de la vida rústica. El trabajo se hacia sin ruido, sin gritos, pero sin afectacion de silencio y como por hombres animados (de una decencia natural, pero no subyugados por una regla severa é inflexible. Los rostros de aquellos hombres eran afables, serenos, y respiraban la paz y el contento; su aspecto era el de una comunidad de labradores. Cuando tocó la campana á comer, entraron en el refectorio, no todos juntos, sino uno á uno, ó dos á dos, segun despachaban antes ó despues sus quehaceres del momento. La comida consistia, y eso lo mismo un dia que otro, en dos ó tres tórtas de harina, amasada y secada mas bien que cocida, sobre la piedra caliente;—en agua, y cinco aceitunas adobadas con aceite:—á veces añaden á esto un poco de queso ó de leche aceda:—este es todo el susten-

to de aquellos cenobitas, y le toman de pié ó sentados en el suelo. Todos los muebles de nuestros paises les son desconocidos. Despues de haber asistido à su comida, y comido con ellos un pedazo de torta y bebido un poco de escelente vino del Líbano que nos hizo traer el superior, visitamos algunas de las celdas; todas son iguales. Un cuartito de cinco ó seis piés cuadrados con una estera y una alfombra, á esto se reducen todos sus muebles; algunas imágenes de santos, clavados en la pared, una Biblia árabe, algunos manuscritos siriacos, á esto se reduce todo su ornato. Una larga galería interior, cubierta de bálago, sirve de entrada á todos aquellos cuartos. La vista que se disfruta desde las ventanas del monasterio, y de casi todos estos monasterios, es admirable; las primeras vertientes del Líbano, la llanura y el rio de Berut, las aereas cimas de los bosques de pinos, sobre el horizonte rojo del desierto de arena; luego el mar ceñido en todas direcciones por sus cabos, sus golfos, sus ensenadas y sus peñascos, con las blancas velas que le cruzan en todos sentidos, tal es el horizonte que siempre tienen á la vista estos monges. Hiciéronnos varios regalos de frutas secas y odres de vino, que cargamos en borricos, y los dejamos para volver por otro camino à Berut. Mas adelante hablaré de ellos.

Bajamos por escarpados escalones labrados en os pedazos sueltos de una greda amarilla y tierra que cubre todos los primeros planos del Líbano. El sendero circula por entre aquellos peñones; de las rendrijas del peñasco penden algunos arbustos y algunas yerbas, entre las cuales se ven flores admirables, semejantes á los tulipanes de nuestros jardines, pero infinitamente mas anchas. Hicimos saltar muchas gacelas y algunos chacales que se esconden en los huecos formados por aquellas peñas; una multitud de perdices, codornices y chochas se echaron á volar al ruido de las pisadas de nuestros caballos. Llegado que hubimos al llano volvimos á hallar viñas, cebada y palmeras; cruzamos la mitad de aquel con corta diferencia, en medio de aquella rica vegetacion, y pronto nos hallamos al pié de un ancho collado, cubierto de un bosque de pinos de Italia, con anchos claros, donde veiamos á lo léjos rebaños de camellos y de cabras. Aquel collado nos ocultaba el Narch-Berut que queriamos atravesar en su parte meridional. Internámonos bajo las altas bóvedas de aquellos hermosos pinos de parasol, y despues de haber andado cosa de un cuarto de hora á su sombra oimos de pronto mucha gritería, el ruido de las pisadas de una multitud de hombres, de mugeres y niños que acudian á nuestro lado, los redobles de los tambores y los sonidos del caramillo y del pífano: en un momento nos hallamos envueltos por quinientos

ó seiscientos árabes de estraño aspecto. Los caudillos, vestidos con magníficos trages, pero sucios y andrajosos, se adelantaron hácia nosotros al frente de su música; inclináronse y nos hicieron cumplimientos, muy respetuosos al parecer, pero de que no entendimos palabra. Sus ademanes y clamores, acompañados de los ademanes y clamores de la tribu entera, nos ayudaron á interpretar sus palabras; nos suplicaban y nos obligaron, por decirlo así, á seguirlos al interior del bosque, donde tenían su campamento;—era una de las tribus de Kurdes que vienen de las provincias vecinas de la Persia, á pasar el invierno, ya en las llanuras de Mesopotamia, en las cercanías de Damasco, ya en las de la Siria, llevando consigo sus familias y sus rebaños: se apoderan de un bosque, de una llanura, de una colina abandonada, y se establecen en ella por cinco ó seis meses. Mucho mas bárbaros que los árabes, se temen generalmente sus incursiones y su cercanía; son los gitanos armados del Oriente.

Rodeados de aquella turba de hombres, mugeres y niños, anduvimos algunos minutos á los sonidos de aquella música bárbara y entre los gritos de aquella muchedumbre que nos miraba con una curiosidad, medio risueña, medio feroz. Pronto nos hallamos en medio del campamento, delante de la puerta de uno de los jeques de la tribu:

hiciéronnos apear, entregaron nuestros caballos, que admiraban mucho, al cuidado de algunos jóvenes Kurdes, y nos trajeron alfombras de Carmania en las que nos sentamos al pié de un árbol. Los esclavos del jeque nos presentaron las pipas y el café; las mugeres de la tienda trajeron leche de camella para Julia. La vista de aquel campamento de bárbaros nómades, en medio de un sombrío pinar, merece ser descrita.

El pinar, en aquel sitio, presentaba muchos claros. Al pié de cada árbol, una familia tenia su tienda: aquellas tiendas no eran, por lo comun, mas que un pedazo de lienzo negro, de pelo de cabra, atado al tronco de un árbol con una cuerda, y sostenido en el otro lado por dos estacas clavadas en el suelo; muchas veces el lienzo no cubria todo el espacio ocupado por la familia, antes bien un pedazo caia solamente del lado del viento ó del sol y guarecia el área de la tienda y la lumbré del hogar.

No se veia en ellas ningun mueble, escepto unos cántaros de barro negruzco, tendidos de costado, en los que las mugeres van á sacar agua; algunas botas de piel de cabra, sables y largas escopetas suspendidas en trofeo de las ramas de los árboles, esteras, alfombras y algunos vestidos de hombres ó de mugeres, tirados aquí y allí por el suelo. Algunos de aquellos árabes tenian dos ó tres cofres

cuadrados, de madera pintada de colorado, con dibujos de clavos de cabeza dorada, para guardar sus haberes. No ví mas que dos ó tres caballos en toda la tribu. La mayor parte de las familias no tenían al rededor de la tienda mas que un camello tendido rumiando, con su alta cabeza inteligente levantada y tendida hácia la puerta de la tienda, algunas hermosas cabras de largas sedas negras y orejas colgantes, carneros y búfalos; casi todas tenían ademas uno ó dos magníficos perros lebreles, de gran talla y pelo blanco. Aquellos perros, contra la costumbre de los mahometanos, estaban gordos y bien mantenidos; parecia que conocian á sus amos, de donde infiero que aquellas tribus los emplean para la caza. Los jeques ejercian, al parecer, una autoridad absoluta, y la menor señal suya restablecia el orden y el silencio turbado por nuestra llegada.

Ocurrió que algunos muchachos cometieron, por curiosidad, algunas leves indiscreciones con nosotros, é inmediatamente hicieron que los cogiesen en brazos los hombres que nos rodeaban, y los echasen á otro punto del campamento. Los hombres, en general eran altos, fornidos, hermosos y bien formados; sus vestidos no anunciaban la pobreza, pero sí la desidia: algunos llevaban chaquetas de seda mezclada con hilos de oro ó plata y albornoces de seda azul forrados de ricas pieles: sus armas eran igualmente notables por las cinceladu-

ras y los embutidos de plata que las adornaban. Las mugeres no estaban encerradas ni tapadas y aun iban medio desnudas. sobre todo las muchachas de diez á quince años. Toda su vestimenta consistia en un pantalon con anchos pliegues que dejaba las piernas y los piés desnudos; todas llevaban brazaletes de plata encima del empeine. El busto iba cubierto con una camisa de algodón ó seda, ceñida con un cinturon, y dejando el pecho y el cuello descubiertos. Sus cabellos, generalmente muy negro, estaba recogido en grandes trenzas pendientes hasta los talones, y adornadas con sartas de monedas; tambien llevaban los riñones y la garganta cubiertos de una verdadera coraza de piastras ensartadas, que resonaban á cada paso que daban, como las escamas de una serpiente. Aquellas mugeres no eran ni altas, ni blancas, ni modestas, ni graciosas, como las árabes sirias; tampoco tenian el aspecto feroz y medroso de las beduinas; eran, en general pequeñas, flacas, tenian el cutis curtido por el sol, pero eran alegres, vivas, ligeras, y no cesaban de bailar y cantar al son de una música que ni un punto interrumpia sus animados y bulliciosos compases. Ninguna cortedad les inspiraban nuestras miradas, ningun pudor manifestaban por su semidesnudez delante de los hombres de su tribu, que tampoco por su parte mostraban ejercer ningua autoridad sobre ellas; contentábanse con reirse de la indiscreta cu-

riosidad que les inspirábamos, y las rechazaban con dulzura chancéandose. Algunas jóvenes eran sumamente bonitas y graciosas; sus negros ojos estaban teñidos con el *hené* en el borde de los párpados, lo que da mucha mas vivacidad á la mirada. Sus piernas y sus manos estaban pintadas de un color de caoba; sus dientes, blancos como el marfil, cuyo brillo hacian resaltar sus labios pintados de azul y su tez tostada, daban á sus fisonomías y á su risa un carácter agreste, pero no feroz; parecian jóvenes provenzales ó napolitanas, con un poco mas de soltura y descaro. Su rostro se graba profundamente en la memoria, porque no se ven dos veces caras de aquel carácter.

Habia en derredor nuestro un corro de ciento ó doscientas personas de la tribu; luego que hubimos contemplado bien su campamento, sus fisonomías y sus hechos, hicimos señal de que deseábamos volver á montar á caballo. Trajéronnos al instante nuestros caballos, y como estaban asustados por el extraño aspecto, la gritería de aquella muchedumbre y los sonidos de los tamboriles, el jeque hizo que dos de sus mugeres llevasen á Julia en brazos hasta la salida del bosque, y la tribu entera nos fué acompañando. Montamos á caballo, ofreciéronnos de regalo una cabra y un camello; pero no aceptamos, y les dimos un puñado de piastras turcas que las jóvenes repartieron entre sí para aña-

dirlas á las de sus collares, y dos gazzis de oro á las mugeres del jeque. A corta distancia del bosque, volvimos á encontrar el rio, que vadeamos; bajo las adelfas que le rodean, hallamos sobre unas cien jóvenes de la tribu de los Kurdes, que volvian de Berut, adonde habian ido á comprar jarros y algunas telas para una novia de su tribu; habianse parado allí, y estaban bailando á la sombra, llevando cada una en la mano un objeto del ajuar ó del tocado de su compañera; por largo espacio nos siguieron con grande algazara y agarrándose á la falda de Julia y á la crin de nuestros caballos, para que les diéramos algun dinero; echámosles algunas monedas, y con esto nos dejaron y se precipitaron todas en el rio para volverse á su campamento.

Despues de haber atravesado el Nart-Berut y la otra mitad de la llanura, cultivada y sembrada por multitud de palmeras y pinos, entramos en las colinas de arena roja que se estienden al oriente de Berut entre el mar y el valle del rio, —pedazo del desierto de Egipto, echado al pié del Líbano y rodeado de magníficas florestas; la arena que la entapiza es roja como almazarron y menuda como un polvo impalpable:—los árabes dicen que aquel desierto de arena roja no se halla allí porque le lleven los vientos, ni porque le acumulen las olas, ni porque le vomita un torrente subterráneo que co-

munica con los desiertos de Gaza y de El-Arish; aseguran que ecsisten manantiales de arena como de agua, y enseñan, en comprobacion, el color y la forma de la arena del mar, que con efecto en nada se parece á la de aquel desierto: los colores son tan diferentes como los de una cantera de granito y otra de mármol. Como quiera que sea, aquella arena vomitada por rios subterráneos, ó sembrada allí por los secios vientos de invierno, se desarrolla en superficies de cinco á seis leguas de circuito, y eleva montañas ó abre valles que mudan de forma á cada tempestad; apenas ha andado uno media hora por aquellos ondulosos laberintos, le es imposible saber donde se halla; las colinas de arena le ocultan el horizonte por todos lados; ningun sendero subsiste en la superficie de aquellas olas; el caballo y el camello pasan por allí sin dejar mas rastro que una barca en el agua; la mas leve brisa lo borra todo; —algunos de aquellos cerrillos eran tan rápidos que apenas podian trepar por ellos nuestros caballos, y así avanzábamos con mucho tiempo por miedo de hundirnos en las quebradas, tan frecuentes son en aquellos mares de arena; ningun vestigio de vegetacion se descubre en aquellos arenales, salvo algunas cabezas de plantas bulbosas que ruedan de cuando en cuando bajo los pies de los caballos; la impresion que producen aquellas móviles soledades es triste y mustia:—es una tempestad sin ruido, pero con todas sus imàgenes de muerte. Cuando

el *simoun*, viento del desierto, empieza á soplar, aquellas colinas ondean como las olas del mar, y replegándose en silencio sobre sus profundos valles, se tragan los camellos de las caravanas; todos los años avanzan algunos pasos sobre las partes de tierra cultivadas que las rodean, y en sus bordes se ven copas de palmeras ó de higueras desecadas sobre su superficie, como mástiles de un buque sepultado bajo las aguas; no oíamos mas rumor que el lejano y ponderoso embate de la marejada que se estrechaba á una legua de nosotros en los arrecifes; el sol en occidente teñía la cresta de aquellas montañas de polvo rojo, de un color semejante al hierro incandescente que sale de las fraguas,—ó, deslizándose en aquellos valles, los inundaba de vivos resplandores, como las cercanías de un grande incendio:—de cuando en cuando, al hallarnos en la cima de una colina, descubriamos las blancas cumbres del Líbano, ó el mar con su cenefa de espuma ciñendo las largas costas sinuosas del golfo de Saide; luego bajábamos de pronto á lo hondo de las barrancas de arena, y no veíamos mas que el cielo sobre nuestras cabezas.

Seguia yo á Julia, que volvía muchas veces hácia mí su hermoso rostro animado por la conmoción y el cansancio, y leía en sus ojos, cuya mirada parecia que me consultaba, sus impresiones mezcladas de terror, de entusiasmo y de placer. El

estruendo del mar iba aumentando y nos anunciaba la procsimidad de la costa; de repente la descubrimos, tajada perpendicularmente, bajo los piés de nuestros caballos, y á doscientos piés lo ménos sobre la superficie del Mediterráneo; el suelo, sólido y sonoro bajo nuestras pisadas, aunque cubierto aún de una ligera capa de arena blanca, nos indicaba la roca sucediendo á las olas de arena, y con efecto, estábamos sobre la roca que rodea todas las costas de Siria: la casualidad nos habia llevado á uno de los puntos de aquella costa donde la lucha de la piedra y de las aguas presenta el mas extraño espectáculo; el repetido embate de las olas ó los terremotos ha desprendido en aquel sitio, del peñon continuo de la costa, inmensas colinas de rocas vivas que, arrastradas al mar y asentadas en su fondo á plomo, á fuerza de lamerlas y alisarlas la marejada, han adquirido las formas mas singulares:—delante de nosotros, á distancia de unos cien piés, habia uno de aquellos peñascos enhiestos que salía del mar y alzaba su cresta sobre el nivel de la costa: las olas, hiriéndole sin cesar; habian acabado por ajarle en su mitad y por formar en él un arco gigantesco, semejante á la abertura de un monumento triunfal. Las paredes interiores de aquel arco eran lisas y brillantes como el mármol de Carrara; las olas retirándose, dejaban ver aquellas paredes en seco, chorreándoles la espuma que caía con las aguas; luego, al volver la oleada, se preci-



pitaban, con grande estruendo, en el arco que llenaban hasta la vóveda, y apretadas y rotas por el choque, salian de él formando un torrente de espuma nueva, que se alzaba, como furiosas lenguas, hasta lo alto del peñon, de donde caian como inmensas cabelleras y polvo de agua. A cada una de aquellas vueltas de la marejada, nuestros caballos se estremecian de horror y no podiamos apartar los ojos de aquel combate de dos elementos; durante media hora de camino, la costa está llena de aquellos magníficos caprichos de la naturaleza:—hay torres almenadas todas cubiertas de nidos de golondrinas de mar,—puentes naturales que juntan la costa y los escollos, y bajo los cuales oye uno, al pasar, rugir las olas subterráneas;—hay, en ciertos sitios, peñascos agujereados por los aguas, que hacen saltar la espuma del mar bajo nuestros piés, como tubos de surtidores:—el agua se alza á algunos piés sobre el nivel de la tierra en inmensa columna, luego vuelve murmurando á sus abismos cuando se retira la marejada:—la mar estaba picada en aquel momento:—llegaba en altas y anchas colinas azules, se alzaba en crestas transparentes al acercarse á las peñas, y se desplomaba en ellas con tal estruendo que toda la playa temblaba hasta gran distancia, y creiamos ver titubear el arco marino que teniamos delante. Despues de las silenciosas y terribles soledades que acabábamos de cruzar; el aspecto sin límites de

un mar inmenso y vacío de naves, á la hora de la tarde en que las primeras sombras empiezan á ennegrecer sus abismos; aquellas gigantescas roturas de la costa, y aquel estrépito de las olas, que arrastraban enormes peñascos, como las patas del pájaro hacen rodar granos de arena; aquellas sacudidas de la brisa en nuestras frentes y en la crin de nuestros caballos; aquellos inmensos ecos subterráneos que multiplicaban los sordos rugidos de la tempestad, todo esto heria nuestras almas con impresiones tan diversas, tan selemnes, tan profundas, que no podiamos hablar, y los ojos de Julia estaban arrasados de lágrimas!

Entramos silenciosamente en el desierto de arena roja, cruzámosle por la parte mas angosta, acercándonos á las colinas de Berut, y al anoecer, nos hallamos en el inmenso pinar del emir Fakar-el-Din. Allí, Julia, ya algo recobrada de su agitacion, se volvió á mí y me dijo con entusiasmo:—¡No es verdad que he dado el paseo mas delicioso que puede darse en el mundo? ¡Oh! ¡Cuán grande es Dios! ¡y cuán bueno es para mí, añadió; en haberme elegido para hacerme contemplar tan jóven, cosas tan bellas!

Ya era de noche cuando nos apeamos á la puerta de mi casa:—luego proyectamos otras expediciones para los dias que nos quedaban ántes del viage á Damasco.